

El matrimonio, signo del amor de Dios

1- Introducción

- De la jornada de formación para Cofs 2019.

Nosotros orientamos a las personas hacia Cristo, esto forma parte de nuestra identidad como católicos, Él debe presidir todos los trabajos que realizamos. Entra uno: "Voy, Señor", respetando a cada uno pero sabiendo la verdad que hay en cada uno: amor y misericordia. Si no nos perderíamos en el conjunto de las ciencias sociales y enseñanzas, caeríamos en el relativismo y las opiniones.

La Tradición y el Magisterio son importantísimos, si no entraríamos en el espíritu del mundo.

- De Amoris Leuitia

206. «La compleja realidad social y los desafíos que la familia está llamada a afrontar hoy requieren un compromiso mayor de toda la comunidad cristiana en la preparación de los prometidos al matrimonio...»

*37. Durante mucho tiempo creímos que con sólo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, **sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias**, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas compartidas.*

Hoy ...tenemos dificultad para presentar al matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida.

Por eso, se aprecia que la Iglesia ofrezca espacios de acompañamiento y asesoramiento sobre cuestiones relacionadas con el crecimiento del amor, la superación de los conflictos o la educación de los hijos.

207. Invito a las comunidades cristianas a reconocer que acompañar el camino de amor de los novios es un bien para ellas mismas. Como bien dijeron los Obispos de Italia, los que se casan son para su comunidad cristiana « un precioso recurso, porque, empeñándose con sinceridad para crecer en el amor y en el don recíproco, pueden contribuir a renovar el tejido mismo de todo el cuerpo eclesial: la particular forma de amistad que ellos viven puede volverse contagiosa, y hacer crecer en la amistad y en la fraternidad a la comunidad cristiana de la cual forman parte ».

229. Las parroquias, los movimientos, las escuelas y otras instituciones de la Iglesia pueden desplegar diversas mediaciones para cuidar y reavivar a las familias. La secretaría parroquial debería contar con la posibilidad de acoger con cordialidad y de atender las urgencias familiares, o de derivar fácilmente hacia quienes puedan ayudarles.

2- El matrimonio y la problemática actual

Todos entendemos el matrimonio como un compromiso personal entre un hombre y una mujer para formar una comunidad de vida, la intención es compartir la existencia con esa persona durante toda la vida, de forma exclusiva y por tanto excluyente. El matrimonio tiene una función social porque en esa unión de convivencia se asienta el elemento clave de la articulación de la sociedad: la familia. Por eso desde el inicio la celebración de la unión de los cónyuges se realiza en un contexto social que implica las familias de origen, los vecinos, el pueblo: es un acto público.

AL 33. Por otra parte, *«hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto»*. *«Las tensiones inducidas por una cultura individualista exagerada de la posesión y del disfrute generan dentro de las familias dinámicas de intolerancia y agresividad»*. Si estos riesgos se trasladan al modo de entender la familia, esta puede convertirse en un lugar de paso, al que uno acude cuando le parece conveniente para sí mismo, o donde uno va a reclamar derechos, mientras los vínculos quedan abandonados a la precariedad voluble de los deseos y las circunstancias. En el fondo, **hoy es fácil confundir la genuina libertad con la idea de que cada uno juzga como le parece, como si más allá de los individuos no hubiera verdades, valores, principios que nos orienten, como si todo fuera igual y cualquier cosa debiera permitirse**. En ese contexto, el ideal matrimonial, con un compromiso de exclusividad y de estabilidad, termina siendo arrasado por las conveniencias circunstanciales o por los caprichos de la sensibilidad. Se teme la soledad, se desea un espacio de protección y de fidelidad, pero al mismo tiempo crece el temor a ser atrapado por una relación que pueda postergar el logro de las aspiraciones personales.

Mucha gente considera la boda religiosa como una manera tradicional y, en este sentido, natural de contraer matrimonio. Cada vez más, se convierte en una forma de «legalizar» ante Dios, la Iglesia y el país una unión de amor tras varios años de vida en común. Para muchos, la bendición de Dios ha de garantizar una vida feliz, multiplicar las garantías de fidelidad, aumentar el sentido de seguridad, de la estabilidad de una relación. Al vivir el amor humano, uno puede quedarse en un nivel puramente laico: nos conocimos, nos enamoramos, tuvimos relaciones sexuales, nos fuimos a vivir juntos, apareció el primer hijo, el segundo... La vida transcurre con un ritmo natural. **Los no creyentes nunca interpretarán su amor como regalo de Dios y, al mismo tiempo, el signo de Su amor**

Pero queremos ocuparnos sobre todo de la dimensión religiosa del matrimonio, porque ello constituye una de las decisiones más relevantes que las personas tomamos en nuestra vida, llamada a ser la empresa de la vida... respuesta a una llamada de Dios, es decir vocación. Durante mucho tiempo se ha considerado que el matrimonio como un estado natural de las personas, no una llamada “especial” de Dios... Vivir apasionadamente la vocación matrimonial es una vía para entrar en el misterio de comunión de Dios.

3- Sacramento

La Iglesia proclama los ritos que ya existían matrimoniales como Sacramento en el Concilio de Trento, 1563. A pesar de que ya se reconoce como una realidad que existía desde el principio. **Esto significa que en él se reconoce la voluntad de Jesús, (para que haya un Sacramento es necesaria la voluntad de Cristo) y que se comuniquen de forma real y eficaz la Gracia asociada:** que fue instituido por Él (la única cita de la Sagrada Escritura que se emplea es la carta a los Efesios de San Pablo en los puntos 5,32. Pero todo lo que hizo Jesús no es casual, quiso llamar a los 12; quiso estar y de esa forma concreta en las bodas de Caná, quiso esa conversación con los fariseos, cada gesto o palabra, cada detalle, se lee en la unidad.

El hecho de que el primer signo significativo de la gloria de Cristo se realizara con ocasión de una fiesta de bodas no es casual, quiere decir que es un **lugar privilegiado para conocerle**. El relato comienza con “A los tres días, había una boda...” (Jn 23,1) Este tercer día hace referencia al tercer día de la Creación cuando Dios puebla el mundo de criaturas que son fecundas, son creación dentro de la creación... habla de fecundidad. Por otro lado la reflexión: **¿Qué hace posible el milagro de las bodas de Caná? La presencia de Jesús y los dos elementos sin los que hubiera sido estéril: la petición y la obediencia.**

El matrimonio es, pues, un « don» del Señor (cf. 1 Co 7,7).

Según la definición más sencilla del sacramento, un sacramento es un «signo sensible de la gracia invisible», es decir, que **el momento invisible de la llegada de Cristo a nuestra vida se reconoce en nosotros gracias a los signos visibles de Su presencia.**

Todos los sacramentos son perfectos, **en cada uno de ellos el Don de Dios se realiza totalmente.** La Gracia que nos confiere los sacramentos de una forma tan cercana y sencilla es tan sublime que a menudo nos cuesta hacernos a la idea. **Pero no actúa de forma automática, hace falta nuestro sí.** Poco a poco, sacramento tras sacramento se va construyendo una historia de salvación. Los Sacramentos no funcionan aisladamente, forman un cuerpo. Hay un instante pre-celebración, es la preparación que vivimos antes de recibirlo y hay también un post celebración, es como una dinámica que se inicia con el Bautismo, en la que poco a poco somos transformados al vivir esta Gracia. Es como si lloviera sobre mojado... (Carmen Álvarez Alonso, **El diseño de Dios sobre la familia: El sacramento del matrimonio**)

Gracias al Bautismo recibido, los esposos cristianos participan ya de forma real del misterio de amor que une a Cristo con su Iglesia. Pero esa participación adquiere una especificidad propia en el sacramento matrimonial. En *Amoris Laetitia* el Papa Francisco hace hincapié en el nexo del matrimonio con el bautismo y los otros sacramentos... *“para que la gracia recibida se renueve a lo largo de su camino.”*

Frecuentemente se asocia el signo del sacramento con el anillo, o bien, con la estola con la que el sacerdote entrelaza las manos de los novios, o sea, con los símbolos que hablan de la exclusividad, de la unión, de estar el uno con el otro para siempre. Sin embargo, son tan solo unos bellos símbolos que permiten a los cónyuges vivir el sacramento del matrimonio. Son importantes, al igual que durante la Santa Misa el mantel blanco tiene su importancia, junto

con las velas encendidas o el traje del sacerdote. Esto es muy necesario para vivir de forma solemne el encuentro con Dios, pero no constituye la esencia del sacramento de la Eucaristía. El signo del sacramento del matrimonio reconocible de modo sensitivo es muy concreto e inequívoco y, lo más importante, muestra que Dios puede actuar en cualquier momento de la vida matrimonial. Este signo lo crean los propios cónyuges mediante sus cuerpos. **Es un signo vivo.**

Según la tradición latina de la Iglesia, en el sacramento del matrimonio **los ministros son el varón y la mujer que se casan, quienes, al manifestar su consentimiento y expresarlo en su entrega corpórea, reciben un gran don.** Su consentimiento y la unión de sus cuerpos son los instrumentos de la acción divina que los hace **una sola carne.** En el bautismo quedó consagrada su capacidad de unirse en matrimonio como ministros del Señor para responder al llamado de Dios. Por eso, cuando dos cónyuges no cristianos se bautizan, no es necesario que renueven la promesa matrimonial, y basta que no la rechacen, ya que por el bautismo que reciben esa unión se vuelve automáticamente sacramental. El Derecho canónico también reconoce la validez de algunos matrimonios que se celebran sin un ministro ordenado. En efecto, el orden natural ha sido asumido por la redención de Jesucristo, de tal manera que, «entre bautizados, no puede haber contrato matrimonial válido que no sea por eso mismo sacramento». Cf. Pío XII, Carta enc. *Mystici Corporis Christi* (29 junio 1943). La Iglesia puede exigir la publicidad del acto, la presencia de testigos y otras condiciones que han ido variando a lo largo de la historia, pero eso no quita a los dos que se casan su carácter de ministros del sacramento ni debilita la centralidad del consentimiento del varón y la mujer, que es lo que de por sí establece el vínculo sacramental. De todos modos, necesitamos reflexionar más acerca de la acción divina en el rito nupcial, que aparece muy destacada en las Iglesias orientales, al resaltar la importancia de la bendición sobre los contrayentes como signo del don del Espíritu.

Los esposos ejercen una doble función en la celebración del matrimonio: lo celebran son ministros) y lo reciben como sujetos: actúan en nombre de Cristo y su Iglesia. La función del sacerdote es la de ser testigo cualificado que asiste a la celebración y es quien “recibe” el consentimiento de los esposos en nombre de la iglesia y da su bendición.

El consentimiento matrimonial señala el momento a partir del cual se inicia el existir del matrimonio, es ese acto a través del que los contrayentes se dan y se reciben mutuamente como esposos, **es un acto consciente y libre que se orienta hacia la plena realización de la vocación de amar, orientada hacia el bien recíproco y la fecundidad.**

La ofrenda nupcial de los esposos, para ser total exige que su consentimiento de palabras se confirme con la entrega de los cuerpos, de ahí que la celebración del sacramento no termina con la ceremonia sacramental pública sino en el lecho nupcial, sin la consumación el matrimonio no está todavía constituido en su plena realidad.

Juan Pablo II lo expresa así: “El matrimonio como sacramento se contrae mediante la palabra, que es signo sacramental en razón a su contenido: te quiero a ti... como esposo...”

El consentimiento que funda el matrimonio es un acto transitorio, pero el efecto de este acto permanece. Para la iglesia las palabras del consentimiento constituyen un signo sacramental y

lo son siempre que se pronuncian entre dos bautizados. **Consentimiento y sacramento son inseparables.**

En efecto, **la gracia del sacramento del matrimonio está destinada ante todo « a perfeccionar el amor de los cónyuges».**(Amoris Laetitia 104)

En el Preámbulo del Concilio de Trento se explica **en qué consiste la Gracia conferida en este sacramento: Esta Gracia perfecciona el amor natural y refuerza, apuntala y sostiene la unidad indisoluble del matrimonio y en tercer lugar santifica los cónyuges.** Específicamente también esta gracia comporta un aumento de los dones necesarios para vivir el matrimonio según la vocación de ser testimonio de unión entre Cristo y su Iglesia, les proporciona los auxilios necesarios para modelar sus vidas de acuerdo con esta tarea.

El sacramento del matrimonio concede a cada cónyuge la capacidad para llevar a su plenitud existencial la vocación a la santidad que ha recibido en el bautismo

Esta capacitación a la vez es instrumento y mediador de la santificación del otro cónyuge y de toda la familia.

En el matrimonio esta Gracia es especialmente significativa porque la comunión entre los esposos es el ámbito en el que trabaja. Si el noviazgo ha sido una buena preparación, en el momento del matrimonio ésta cae ya sobre tierra abonada y dará frutos.

La Gracia recibida en el sacramento del matrimonio **es permanente, no se agota** ni en la celebración ni en el acto sexual, se amplía a todos y cada uno de los actos en cuanto que esposos, educadores, padres... **se actualiza a través del don del espíritu Santo que hace nuevo y fecundo el amor. Por eso es un sacramento que imprime carácter. Santo Tomás dijo que es una capacidad que antes no tenía y que ya no se pierde. Por eso hay que confiar en esa fuerza porque si desaparecen los obstáculos que dificultan la relación entre los esposos puede resurgir la Gracia, que regenera lo que está dañado o incompleto como un manantial inagotable.**

El signo visible de la Gracia recibida en el matrimonio es el amor humano entre los cónyuges, en los otros sacramentos los signos son el agua, el pan y el vino... Las características del vínculo que une los cónyuges no las decido yo, me vienen dadas. **Todo lo que hacemos se articula en torno al cuidado de ese vínculo, se nutre del amor y de los detalles entre los esposos.**

-¿Y cuáles son los frutos? ¿Cómo crecemos en el amor? La forma visible de este crecimiento son las virtudes: paciencia, generosidad, confianza... todo por amor... Las virtudes son como un termómetro, cuando la persona está llena de ellas, colmada, se derraman hacia fuera: es el apostolado y la entrega a los demás. Es como un iceberg, lo que vemos es una pequeña parte de lo que hay. **La santificación se obtiene no en relación a las obras sino en relación al amor, igual que la Iglesia que es santa no por sus obras sino por el amor de Cristo hacia ella.** (Carmen Álvarez Alonso, **El designio de Dios sobre la familia: El sacramento del matrimonio**)

-Propiedades del matrimonio: la unidad y la indisolubilidad.

Unidad: El matrimonio es entre un solo hombre y una sola mujer: la condición de igualdad y de dignidad de los esposos y el bien de los hijos exigen que la comunión conyugal sea exclusiva. La **Una caro** exige esta unicidad. Refiriéndose al Génesis “Entonces éste exclamó: Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne: Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada” El vínculo del matrimonio une solo a dos, hombre y mujer. **Es en su diferencia como se manifiesta la unidad**, no hablamos de uniformidad. También se amolda cada uno según su diferencia sexual, de dos diferentes hay una tendencia a ser uno. De hecho, **el amor conyugal exige la diferencia porque si no, no se construye la comunión conyugal (masculinidad, feminidad)**

Indisolubilidad: El matrimonio cristiano, una vez válidamente constituido, no puede ser disuelto, los cónyuges no tienen la potestad de disolver lo que ellos mismos han constituido el vínculo permanece, (ni el Papa puede disolverlos) El fundamento de esta propiedad del matrimonio sacramental no se halla únicamente en razones sociales (la dimensión social del matrimonio excede a la arbitraria decisión de los cónyuges), ni siquiera en razones antropológicas (para favorecer el bien de la prole y la estabilidad familiar) descansa en la originaria voluntad divina “lo que Dios ha unido no lo separe el hombre”. Los matrimonios no se anulan, como si fueran goles, se consideran no realizados si ha habido un defecto de forma. Por ejemplo una causa de disolución de un matrimonio es la falta de consumación.

Casos especiales: matrimonios mixtos, matrimonios de bautizados no-practicantes.. puede suceder que por motivos más de carácter social que religioso los novios deseen pedir casarse por la iglesia, es decir, que aunque estén alejados de la fe quieran casarse realmente. En estos casos **no se debe desaconsejar ya que hay una intención recta** aunque a efectos de gracia resulte infructuoso, es también más que un gesto humano, tiene un contenido cristiano por el hecho de ser bautizados. Pero si los contrayentes rechazan de forma explícita lo que la Iglesia realiza el sacerdote no puede admitirles a la celebración.

4- La vocación del matrimonio cristiano

El matrimonio como institución social es protección y cauce para el compromiso mutuo, para la maduración del amor, para que la opción por el otro crezca en solidez, concretización y profundidad, y a su vez para que pueda cumplir su misión en la sociedad. Por eso, el matrimonio va más allá de toda moda pasajera y persiste. Su esencia está arraigada en la naturaleza misma de la persona humana y de su carácter social. Implica una serie de obligaciones, pero que brotan del mismo amor, de un amor tan decidido y generoso que es capaz de arriesgar el futuro.

El hombre y la mujer están hechos naturalmente para el matrimonio, así lo vemos en la naturaleza de nuestro cuerpo y afectiva, cuando queremos casarnos respondemos a una llamada de nuestra afectividad, de la sensibilidad... pero **el matrimonio es también vocación en la medida en que respondemos a una llamada especial de Dios a que en este amor se refleje el amor que Cristo-Esposo entrega a su iglesia (amor total y radical que llega incluso a la ofrenda de sí mismo en la cruz)**

Por tanto, **el matrimonio es una vocación**, en cuanto que es una respuesta al llamado específico a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia. Relación final 2015, 38. 64 Juan Pablo II, Exhort. ap. Familiaris consortio (22 noviembre 1981) Por lo tanto, la decisión de casarse y de crear una familia debe ser **fruto de un discernimiento vocacional**.

Amoris Laetitia 73 «El don recíproco constitutivo del matrimonio sacramental arraiga en la gracia del bautismo, que establece la alianza fundamental de toda persona con Cristo en la Iglesia. En la acogida mutua, y con la gracia de Cristo, los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida,...» “Nunca estarán solos con sus propias fuerzas para enfrentar los desafíos que se presenten. Ellos están llamados a responder al don de Dios con su empeño, su creatividad, su resistencia y su lucha cotidiana, pero siempre podrán invocar al Espíritu Santo que ha consagrado su unión. “

Resulta particularmente oportuno comprender en clave cristocéntrica [...] el bien de los cónyuges (bonum coniugum)», que incluye la unidad, la apertura a la vida, la fidelidad y la indisolubilidad, y dentro del matrimonio cristiano también la ayuda mutua en el camino hacia la más plena amistad con el Señor.

El matrimonio cristiano es por tanto y ante todo una manera de que disponen el hombre y la mujer para realizar su **vocación como personas por la mutua entrega de ellos mismos**. Así, el matrimonio nos permite realizar la entrega de nosotros mismos, **esta debería ser la primera finalidad que deberíamos tener en la mente y en el corazón cuando decidimos casarnos**.

-El cuerpo es templo del Espíritu Santo

Como afirmamos que el matrimonio es un « don » del Señor (cf. 1 Co 7,7), por esa valoración positiva, se pone un fuerte énfasis en **cuidar este don divino**: «Respeten el matrimonio, el lecho nupcial» (Hb 13,4). Ese regalo de 54 Relatio Synodi 2014, 12. 53 Dios incluye la sexualidad: «No os privéis uno del otro» (1 Co 7,5).

Por varios motivos, a algunas personas les resulta difícil aceptar la verdad sobre la presencia de Dios en una unión de matrimonio comprendida de esta manera. Es frecuente tener la idea de que Dios llega a las personas desde fuera, a menudo coincidiendo con acontecimientos maravillosos y extraordinarios. Pensamos que uno puede encontrar a Dios en lugares de apariciones milagrosas, puede ser en Fátima, en Częstochowa, mediante la persona del padre Pío, allí donde actúa una persona extraordinaria, un sanador o un exorcista quien, con fuerza de Dios, sana a los gravemente enfermos o expulsa a los malos espíritus. En cambio, la vida normal no lleva signos de la particular presencia divina porque en ella no ocurre nada extraordinario. La vida diaria, transcurre, más bien, fuera de Dios. Dios está presente en algún lado, pero un poco más de lado, más bien fuera de los acontecimientos que dentro de ellos. Desde fuera lo observa casi todo, pero no está directamente presente e implicado. Si quisiera intervenir, tendría que bajar apostá desde el cielo, venir desde fuera y evidenciar su presencia, o sea manifestarla de manera milagrosa y extraordinaria. **Este pensamiento no permite convivir seriamente con Dios en la historia del día a día de nuestra vida, levantarse con Él por las mañanas, desayunar, conversar con la gente, trabajar, amarse, concebir a Dios como una presencia constante en los acontecimientos de la historia de nuestra vida... Con más razón no está presente en la sexualidad humana.**

Estas personas no han entendido aún la verdad sobre la encarnación de Dios, sobre la resucitación de Cristo. No entienden que el cuerpo humano posee no solamente la dimensión material y biológica, sino también espiritual y religiosa. « **¿Acaso no saben que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo**, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios.» (1 Cor 6, 19-20). El cuerpo constituye una expresión y realización del alma inmortal. El hombre sin el cuerpo no podría encontrarse con Dios, no podría vivir para Dios y cumplir su voluntad. **El cuerpo es un espacio santo, el espacio de la presencia de Dios.** Dios santifica a los cónyuges no cuando prescinden de numerosos y valiosos bienes de este mundo, sino mediante su consciente elección del bien y, a la vez, el rechazo del pecado que separa al hombre de Dios y destruye el amor entre los hombres. Por eso el camino hacia la santidad de los cónyuges es un camino para adquirir nuevas habilidades de amor mutuo, para descubrir una nueva forma de amor que no existe a nivel general en el mundo, cuyas cualidades son completamente diferentes, pero siempre, en el día a día vivido por los esposos, espacio donde se quieren, viven y trabajan.

El amor entre los cónyuges, expresado en un acto sexual, causa la elevación de la corporeidad humana hacia el cielo. El éxtasis relacionado con la alegría de la relación sexual puede ser comparado con la felicidad de la vida eterna. Por eso, el acto sexual de los cónyuges que se quieren, les permite darse cuenta de la dulzura del encuentro con Dios.

Sin un diálogo sobre la vida sexual es difícil imaginar un matrimonio feliz. Por eso es tan importante que los esposos se informen sobre lo que les gusta o no a nivel personal durante las relaciones sexuales. Lo que molesta en un diálogo sobre temas íntimos es a menudo una percepción errónea de la masculinidad y de la femineidad que sugiere que el hombre debería saber siempre lo que le produce mayor placer a la mujer y que, al mismo tiempo, la mujer debería esperar a que el hombre adivine qué es lo más placentero para ella. La búsqueda de

una relación sexual más satisfactoria para ambas partes ha de ser considerada como un camino necesario a la hora de reunir experiencia común en el arte del amor. Los errores y los fracasos no pueden cargar con la responsabilidad moral.

Gracias a la espiritualidad que les une, los cónyuges cristianos son capaces de **disfrutar de una mayor alegría de la vida sexual que el resto de la población**. Los cristianos pueden vivir el placer sexual rodeados de profundos sentimientos de amor mutuo. El amor otorga un nuevo sentido a vivir el placer y lo libera por completo.

El significado procreativo de la sexualidad, el lenguaje del cuerpo, y los gestos de amor vividos en la historia de un matrimonio, se convierten en una «ininterrumpida continuidad del lenguaje litúrgico» y «la vida conyugal viene a ser, en algún sentido, liturgia ».(Amoris Laetitia, 246)

Tendemos a culpabilizar nuestro cuerpo de las infidelidades y pecados, pero esta postura maniqueísta de adjudicar al cuerpo, como si fuera algo extraño a nosotros mismos, implica una falsedad. Es el corazón del hombre el que enferma, no el cuerpo que es inocente, la impureza es un pecado sobre el cuerpo pero no del cuerpo.

5- El matrimonio, escuela de vida

El matrimonio es...

Acoger el don de Dios. Cuando Dios une un hombre y una mujer, dos realidades vivas, ¡es un milagro!

No es algo estático, es una vida que crece

Pone en juego nuestra libertad

No hay mecanicismo, es necesario implicarse.

-Es necesario implicarse

¿Por qué él o ella? Esta pregunta no se da solo al comienzo sino que acompaña toda la vida y se vuelve grito en los momentos oscuros, pero puede estar llena de paz si fijamos la mirada en Aquel que nos ha pensado desde el principio y nos genera en cada instante. El deseo de vivir con plenitud y verdad esta llamada se encuentra en seguida con la dificultad cotidiana de la monotonía, del desencanto en las expectativas propias y de la pareja... y entonces se vive un refugiarse en las “tareas” educativas de los hijos, sociales o del trabajo, un aguantar, un escepticismo voluntarista que se apoya en las energías individuales y que con el tiempo se acaba convirtiendo en agresividad hacia la pareja, uno mismo y hacia Dios.

¿Dónde está el error de partida? Posiblemente se encuentra en la falta de conciencia de la vocación matrimonial, de la naturaleza sacramental del matrimonio. Es como si la gente no supiera que el matrimonio es una vocación, por permanecer centrados en consecuencias de la existencia, trabajo, actividades sociales, hobbies... en vez de en el matrimonio mismo, es decir en la relación misma entre el hombre y la mujer eje central de la vocación, de la llamada que Jesús dirige a cada uno para que le siga hacia la plenitud de vida que solo Él puede y quiere dar a nuestra existencia.

Para el padre Lépori el vínculo matrimonial es tan intenso que llega a generar una presencia tercera, además de los dos cónyuges existe una unidad dual que requiere un cuidado diferente, alimentar y renovar incesantemente la relación es tarea del matrimonio.

-El límite

La “escuela de la vida” que es el matrimonio es una escuela de límites, límites en el cuerpo del otro, dependencias acerca de la educación recibida, a la historia de cada uno y sus heridas y también los límites de la inteligencia y de la vida de la fe. **Esos límites necesitan ser perdonados y abrazados, el mío es una escuela de humildad, el del otro es una escuela de misericordia.**

En Amoris Laetitia *“El otro no es sólo eso que a mí me molesta. Es mucho más que eso. Por la misma razón, no le exijo que su amor sea perfecto para valorarlo. Me ama como es y cómo puede, con sus límites, pero que su amor sea imperfecto no significa que sea falso o que no sea real. Es real, pero limitado y terreno. Por eso, si le exijo demasiado, me lo hará saber de alguna*

manera, ya que no podrá ni aceptará jugar el papel de un ser divino ni estar al servicio de todas mis necesidades. **El amor convive con la imperfección, la disculpa, y sabe guardar silencio ante los límites del ser amado.**”

“...**La ilusión de cambiar al otro no es realista**, la persona a la que se debe amar es ese otro real y no el producto de unos sueños. Eso es lo que constituye el **principal riesgo del compromiso** matrimonial, porque el sí nunca es pronunciado con un total conocimiento de causa, pero también es lo que le confiere la grandeza. **Aceptar los límites del otro es amar realmente, manteniendo siempre una mirada de esperanza en que la Gracia del matrimonio configurará finalmente un proyecto grande por encima de estos límites:** el deseo de no menos que la entrega total a base de ir quitando poco a poco y día a día lo que obstaculiza la comunicación.”

Y también “*Panta elpízei: no desespera del futuro. Conectado con la palabra anterior, indica la espera de quien sabe que el otro puede cambiar. Siempre espera que sea posible una **maduración, un sorpresivo brote de belleza, que las potencialidades más ocultas de su ser germinen algún día.** No significa que todo vaya a cambiar en esta vida. Implica aceptar que algunas cosas no sucedan como uno desea, sino que quizás Dios escriba derecho con las líneas torcidas de una persona y saque algún bien de los males que ella no logre superar en esta tierra.*”

La **experiencia de la prueba** es un elemento inevitable en el ámbito de toda existencia y de modo especial en la vida familiar. Reducimos la experiencia cristiana si pretendemos separar el conocimiento de Cristo de la experiencia de la cruz y de la resurrección, todo seguimiento vocacional implica el abrazo de la cruz. Y es este conocimiento de Cristo lo que da la gracia vivificadora, una gracia que se da a quien la pide, en realidad a quien simplemente no la rechaza.

-La acogida

La **acogida es la concreción en nuestra humanidad, en el tiempo y en el espacio de nuestra vida humana, del misterio de la Trinidad: Acoger a otro como otro es la imagen de Dios en acto en nuestra humanidad.** Esto significa que la acogida del otro es la realización de nuestra humanidad creada a imagen y semejanza de Dios. **Hasta el punto de que Dios hace depender de la acogida del hombre y de la mujer la vida de cada ser humano que viene al mundo.**

La **acogida implica reconocer que previamente existe algo que ha sido creado y que nos ha sido dado, implica reconocer al otro como don, es siempre un don.** Esta es la relación más real y justa con el otro, y es a través de ella como se realiza la plenitud de nuestra humanidad.

-El perdón

Hablamos en primer lugar en la **humildad del perdón**, las faltas que los esposos tienen que perdonarse son obstáculo para su comunión, **el perdón no se presume: se pide**, humildemente y se comunica de forma explícita. **Sin perdón el matrimonio puede subsistir formalmente, pero sin una comunión real y vital del corazón; es como un mal que va perforando poco a poco los cimientos de un edificio hasta a menudo acabar provocando su**

hundimiento. La práctica habitual del perdón mantiene a estos en una exigencia que regenera su fidelidad. La comunión en el matrimonio se va convirtiendo, de perdón en perdón, en más verdadera, más radical, aunque todavía imperfecta, pero que incrementa y profundiza el deseo de comunión conyugal.

El perdón es la única salvación y consistencia de una familia, porque lo que está en juego esencialmente es la relación, no es por lo que uno hace o no hace, lo que tiene o no tiene, el tiempo que uno da o no da; el problema no es el dinero, el trabajo, los suegros, los hijos, etc.... El problema es la relación. Cuando dos personas se casan no se les promete justicia, distribución equitativa de las cosas, ausencia de defectos, salud y belleza, capacidades organizativas o educativas, simpatía y amabilidad... o todo lo que queráis, lo que se promete es una relación exclusiva, perenne y privilegiada de comunión en el amor. **Pero cuando llega el momento inevitable de las cosas que no van como uno querría es como si la relación dependiese de la cosas y no del vínculo en sí**, y se intenta arreglar la crisis exigiendo justicia o poniendo condiciones, límites o poniendo un ultimátum: Si dentro de un mes las cosas no cambian...rompo la relación". Acudimos a buscar ayuda a un sacerdote o a un cof partiendo de las propias pretensiones. Puede que se halla torcido todo, que se haya perdido mucho sin que la relación deba romperse si esta vuelve a ser el verdadero centro de atención.

Y es del perdón desde dónde se reconquista el amor, más que del intento de negociación de los problemas o las carencias. La justicia interviene más cuando ya se ha llegado a la ruptura que para seguir estando juntos. **Es necesario ayudar a recobrar la conciencia de esta vocación matrimonial propia y todo lo demás es accesorio y accidental**. Y es que el matrimonio es un vínculo entre dos pecadores, lo que significa que todos tenemos dentro esta inclinación a la infidelidad al otro, a olvidar el amor de Dios que es la consistencia de todo. ¿Cuánto cuesta reconocer esto? Se piensa que el problema son las cosas, las situaciones... y todo es pretexto para ocultar el enfriamiento del amor de Dios y mutuo.

El perdón se requiere en cualquier situación en la que uno está herido en su interior por el comportamiento del otro, herido en su propio "yo" y la defensa, la venganza, el hacer pagar al otro la ofensa es la manera instintiva y natural de defender el propio "yo", pero el problema es que la reacción vengativa no restaura, no sana al "yo" ofendido, hacerse la ilusión de que dañando al otro yo sano mi herida es una mentira. **En cualquier situación la salvación viene cuando uno decide perdonar. Entonces la lógica destructiva de la venganza es sustituida por una gratuidad y la relación se transforma adhiriéndose al plan de Cristo.**

El perdón es la perfección del don.

Nos lo aclara el significado etimológico de las palabras:

- 6- Per-don per=valor superlativo
- 7- Per-fección = hacerse mejor
- 8- Aban-dono = don total de nuestra persona.

Por eso, **el amor puede ir más allá de la justicia y desbordarse gratis**, «sin esperar nada a cambio» (Lc 6,35), hasta llegar al amor más grande, que es « dar la vida » por los demás (Jn 15,13).

(Amoris Laetitia 108) *“Pero esto supone **la experiencia de ser perdonados por Dios, justificados gratuitamente y no por nuestros méritos. Fuimos alcanzados por un amor previo a toda obra nuestra**, que siempre da una nueva oportunidad, promueve y estimula. Si aceptamos que el amor de Dios es incondicional, que el cariño del Padre no se debe comprar ni pagar, entonces podremos amar más allá de todo, perdonar a los demás aun cuando hayan sido injustos con nosotros. De otro modo, nuestra vida en familia dejará de ser un lugar de comprensión, acompañamiento y estímulo, y será un espacio de permanente tensión o de mutuo castigo.”*

Nuestra vida matrimonial y familiar se enfrenta normalmente a la exigencia de infinidad de pequeños perdones, cada uno de ellos nos concede adherirnos al perdón de Cristo, es una pequeña vía cotidiana que sin embargo resulta muy exigente precisamente porque dura toda la vida y no deja tregua. Para cada uno de nosotros es ocasión de crecimiento y de gustar de la inmensa misericordia de Dios. **Por eso el perdón cristiano es más que un medio de crear armonía, de estar bien. Está destinado a una fecundidad, a dar vida en el mundo.**

Y por eso Dios ha puesto al servicio del matrimonio el sacramento, que se convierte en un sacramento de redención que salva del límite, del pecado y de sus consecuencias. Redime la relación entre el hombre y la mujer, la íntima unión entre ellos y las relaciones familiares que brotan de ellos. Ahora bien, así como el Bautismo borra todos los pecados sin eliminar la tendencia a pecar, el matrimonio elimina la división sin eliminar la tendencia a dividirse. Es necesario que los cónyuges hagan un trabajo de reconciliación constante igual que la conversión es un trabajo para toda la vida. Por eso la Gracia de los sacramentos nos alimenta y sostiene y son indispensables para profundizar y vivir el bautismo y para profundizar y vivir el matrimonio.

En esta referencia a Cristo consiste la novedad y la diferencia de las familias cristianas con respecto a cualquier otra familia.

6. El proyecto de Dios. Teología del cuerpo de Juan Pablo II

En el corazón de cada hombre y de cada mujer subsiste como un eco lejano del plan de Dios (Juan Pablo II) por eso percibimos la dimensión sexual con cierta grandeza, como algo esencial; y es que **Dios quiso desde los orígenes la sexualidad como expresión de la comunión de las personas.**

Toda la obra de la creación está realizada para revelar el corazón de Dios, es una manifestación radiante del ser mismo de Dios; toda ella es buena. Y en la cima de esta creación puso Dios al hombre, varón y hembra, como obra maestra de su creación **porque la unión del hombre y de la mujer en el plan de Dios estaba destinada a revelar el ser último de Dios como comunicación eterna de personas.** En el corazón del hombre, a pesar de la herida por el pecado de los orígenes, podemos todavía descubrir ese sueño del amor de Dios: nuestra sexualidad es radicalmente buena, es huella de lo divino en nosotros y por eso actúa como centro en la vida de comunión de los esposos. **Y es que en el plan creador de Dios el hombre no es plenamente humano sin la mujer, del mismo modo que la mujer no es plenamente humana sin el hombre, la plena conciencia de ambos se realiza al ser una sola carne: en la entrega y la unión carnal se realiza la plenitud de su humanidad.**

Dios ha querido que el hombre sea no sólo un ser dotado de espiritualidad y como de alguna manera “disfrazado con un cuerpo”. Quiso hacer un ser completamente carnal y espiritual a la vez, una unidad sustancial, no un alma en un cuerpo sino un “alma encarnada” y una “carne espiritualizada”. El hombre es espíritu y carne mezclados, con dos realidades carnales: la masculina y la femenina que se necesitan mutuamente para complementarse, en su unión es dónde se realiza la plenitud de su humanidad. El hombre y la mujer no son plenamente cuerpo más que en la unión (están hechos para la entrega) hasta que ya no son dos sino una sola carne. **En esa unidad se expresa la plenitud de su humanidad y es por esa unidad que podemos decir que somos imagen de Dios.**

El ángel es un reflejo sublime de una dimensión de la inteligencia divina, nos supera infinitamente, pero no da la vida... puede comunicar una obra de su inteligencia pero no puede transmitir vida. **El hombre puede transmitir la vida, es procreador y participa por ello de la obra creadora de Dios. Cada unión de los cuerpos es imagen de la entrega sin límites del amor de Dios, cuyo ser es la entrega total. El cuerpo del hombre y de la mujer hacen visible lo que es invisible, es signo del proyecto amoroso de Dios**

Es verdaderamente un misterio, que hemos de contemplar con asombro, que Dios quisiera que el esplendor y la grandeza de su obra se revelaran en la humildad de nuestras expresiones carnales, pero es que el ser mismo de Dios no está en su inteligencia a pesar de ser inconmensurable, sino en la entrega de cada persona de la Santísima Trinidad, entrega de la que se hace imagen la unión del hombre y la mujer: **el cuerpo humano y sólo él.**

El matrimonio se desvela como un sacramento primordial, “prototipo de los sacramentos de la Nueva Alianza”. Signo que transmite eficazmente en el mundo visible el misterio invisible

escondido en Dios. En él vivimos la vocación de nuestros cuerpos y de nuestra persona en tanto que criaturas de Dios: revelar el ser mismo de Dios y su designio de amor sobre toda la creación y especialmente sobre el hombre. Las palabras del Génesis que recoge San Pablo en la Carta a los Efesios lo significan con toda claridad. “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne”. Si no fuera por el pecado de nuestro límite apreciaríamos en su totalidad la realidad del matrimonio tal y como Dios lo había previsto en sus orígenes, misterio que debía servir no solo para prolongar la obra de la creación sino también para extender sobre todas las generaciones el mismo sacramento de la creación, el misterio de Dios amor-donación.

También en la exhortación Amoris Laetitia el Papa Francisco dice *“La familia y el matrimonio fueron redimidos por Cristo (cf. Ef 5,21-32), restaurados a imagen de la Santísima Trinidad, misterio del que brota todo amor verdadero. La alianza esponsal, inaugurada en la creación y revelada en la historia de la salvación, recibe la plena revelación de su significado en Cristo y en su Iglesia. De Cristo, mediante la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el amor de Dios y vivir la vida de comunión.”*

Jesús, que reconcilió en sí cada cosa y ha redimido al hombre del pecado, no sólo volvió a llevar el matrimonio y la familia a su forma original, sino que también **elevó el matrimonio a signo sacramental de su amor por la Iglesia** (cf. Mt 19,1-12; Mc 10,1-12; Ef 5,21-32).

7. El amor matrimonial

*“No podemos prometernos tener los mismos sentimientos durante toda la vida. En cambio, sí podemos tener un proyecto común estable, comprometernos a amarnos y a vivir unidos hasta que la muerte nos separe, y vivir siempre una rica intimidad. **El amor que nos prometemos supera toda emoción, sentimiento o estado de ánimo, aunque pueda incluirlos. Es un querer más hondo, con una decisión del corazón que involucra toda la existencia.** Así, en medio de un conflicto no resuelto, y aunque muchos sentimientos confusos den vueltas por el corazón, se mantiene viva cada día la decisión de amar, de pertenecerse, de compartir la vida entera y de permanecer amando y perdonando. Cada uno de los dos hace un camino de crecimiento y de cambio personal. En medio de ese camino, el amor celebra cada paso y cada nueva etapa. En la historia de un matrimonio, la apariencia física cambia, pero esto no es razón para que la atracción amorosa se debilite. Alguien se enamora de una persona entera con una identidad propia, no sólo de un cuerpo, ...”* Amoris Laetitia

El amor tiene unas **etapas de maduración**, estar enamorado no es equivalente amar en el sentido profundo de la palabra, **el sentimiento amoroso queda en el plano de la sensibilidad y la afectividad, la búsqueda del otro es en razón a lo que me falta...colma lo que necesito.** La fiebre amorosa del inicio poco a poco se va apagando, esto no quiere decir que cuando llega la noche de los sentidos desaparezca la razón por la cual los esposos se han unido en matrimonio, es más, recientes estudios sobre sexología establecen que el sentimiento amoroso es un fenómeno complejo que tiene una multiplicidad de factores, pero que en todo caso no resiste más allá de unos **treinta y seis meses** de vida como media. Este estado es desencadenado a menudo por este enfriamiento que acaba generando una “pereza” o tibieza en el cuidado de la relación. Entonces llega el momento de trabajar para una purificación del amor, prueba de madurez y de verdad, es el descubrir que amar es mucho más que sentir que se ama.

¿Cuándo amamos verdaderamente? Cuando buscamos ante todo el bien del otro, es decir cuando nos descentramos de nosotros mismos a través de un movimiento altruista, el bien del otro es prioritario. Y por eso a menudo este amor de benevolencia nos lleva a sacrificar nuestra propia voluntad a la del otro y encontrar alegría en ello.

Esta no es todavía la cima del amor conyugal... el amor esponsal está en la entrega de uno mismo, es el don de la propia persona, eso es lo que a menudo casi inconscientemente se prometen los esposos al formular el consentimiento en el sacramento: “Yo,..., me entrego a ti...” la plenitud del cumplimiento de la vocación matrimonial es esta entrega sincera de sí mismo/a. El amor entre marido y mujer debe conducirles a la entrega igual que Cristo se entregó por la Iglesia para salvarla mediante la ofrenda redentora de su vida. Esta es la razón de sumisión de los esposos, y es el amor el que hace que simultáneamente el marido esté sujeto a la mujer igual que la mujer al marido. (Amor y responsabilidad. Juan Pablo II)

...«Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada ».Que ese amor pueda atravesar todas las pruebas y mantenerse fiel en contra

de todo, supone el don de 123 Carta enc. Lumen fidei (29 junio 2013), 52: AAS 105 (2013), 590. 97 la gracia que lo fortalece y lo eleva.” Amoris Laetitia, 123

-El valor de la compañía

El valor de la compañía: Una pareja inserta en una compañía cristiana más grande será reclamada a reconocer su propio límite y al mismo tiempo será ayudada por el testimonio de los demás a seguir algo más grande que la medida estéril y burguesa de una vida familiar replegada sobre sus propias comodidades e intereses. Esta es también la mejor forma de educar a los hijos, viendo el testimonio existencial, cotidiano y concreto de la búsqueda de la presencia del Señor a pesar de los límites de cada uno.

“Tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que **los novios** no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los **lanza hacia adelante**, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles. La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros. Estos aportes no son únicamente convicciones doctrinales, ni siquiera pueden reducirse a los preciosos recursos espirituales que siempre ofrece la Iglesia, sino que también deben ser caminos prácticos, consejos bien encarnados, tácticas tomadas de la experiencia, orientaciones psicológicas” (Amoris Laetitia 211)

A su vez, en la preparación de los novios, debe ser posible indicarles lugares y personas, consultorías o familias disponibles, donde puedan acudir en busca de ayuda cuando surjan dificultades. Pero nunca hay que olvidar la propuesta de la Reconciliación sacramental, que permite colocar los pecados y los errores de la vida pasada, y de la misma relación, bajo el influjo del perdón misericordioso de Dios y de su fuerza sanadora. Estas palabras **no pueden ser reducidas al presente; implican una totalidad que incluye el futuro.**

8. Acompañar en la prueba

La experiencia de la prueba en el ámbito familiar representa a menudo uno de los dramas humanos más dolorosos. **Cualquier problema: profesional, enfermedad, amenaza política... ¿dónde afecta de forma más aguda sino en el ámbito familiar?** Es quizás por esta razón que muchas personas deciden en la actualidad no casarse... y vivir solas. Fundamentalmente la gente tiene **miedo**. El sentimiento de temor, de impotencia que vive una persona ligada a la familia es mayor y más real porque las experiencias humanas se perciben de forma más real dentro de una relación de amor.

El cristianismo no edulcora el drama de la existencia, más bien lo acentúa. **Sin embargo, la experiencia de la prueba dentro de la pertenencia en un entorno de amor hace brotar una solidaridad y una compañía que puede mitigar ese sufrimiento. Pero no lo elimina**, a poco que seamos verdaderos nos damos cuenta de nuestra impotencia radical para ser adecuados a lo que el drama de la vida nos hace pedirnos unos a otros.

Esta experiencia nos hace preguntar con fuerza dónde está la respuesta al sufrimiento. La elección se da entre la huida desesperada o la fidelidad de quien confía en otro. Es una decisión personal (igual que María en Caná no propone respuestas sino que indica de dónde viene la respuesta) **partir del hecho de que en todo está Cristo presente.** Pero no nos dice quedaos sentados y esperad a ver qué hace es una invitación a actuar partiendo de esta presencia. En esto consiste la vida de la fe. Igual que el agua se transforma en vino, todo se convierte en lugar de conversión. Esto constituye la verdadera fuente de alegría en la vida. Es a través de estas circunstancias, pruebas, enfermedades dificultades de cualquier tipo como se abre la puerta a la necesidad al grito de auxilio que lleva a las parejas a acercarse al cof, a la posibilidad de que el Señor entre de nuevo y con más intensidad en la vida de este matrimonio **Somos testigos de que Cristo lo renueva todo.**

Max Galdeano decía que el presente no es siempre agradable, pero es el único espacio que tengo para hacer el bien, no podemos cambiar el ayer ni garantizar el mañana, es el presente lo que tengo en las manos. Tan cierto como que somos hijos de nuestro pasado es que somos padres de nuestro futuro y nos conviene más tener presente que somos padres de nuestro futuro. El pasado nos enseña, no es bueno ni malo, es una lección de la historia de la relación matrimonial y personal. Por eso estar convencido de que la vida tiene un sentido, o de que se le puede dar un sentido es lo que necesitamos para vivir con alegría, y así todo sirve para crecer en humanidad...**barco sin rumbo no sabe lo que es viento favorable.** ¡Cuánta gente vive desorientada según de dónde sopla el viento?

9. Las crisis

La historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza. Hay que ayudar a descubrir que una crisis superada no lleva a una relación con menor intensidad sino a mejorar, **asentar y madurar el vino de la unión**. **No se convive para ser cada vez menos felices, sino para aprender a ser felices de un modo nuevo, a partir de las posibilidades que abre una nueva etapa**. Cada crisis implica un aprendizaje que **permite incrementar la intensidad de la vida compartida, o al menos encontrar un nuevo sentido a la experiencia matrimonial**. De ningún modo hay que resignarse a una curva descendente, a un deterioro inevitable, a una soportable mediocridad. Al contrario, cuando el matrimonio se asume como una tarea, que implica también superar obstáculos, cada crisis se percibe como la ocasión para llegar a beber juntos el mejor vino.

La convivencia puede ser la satisfacción más grande para un ser humano o, si no se ha atendido adecuadamente la más grande de las desdichas. Hoy por primera vez en la historia los cónyuges tienen una esperanza de vida muy larga incluso después de que los hijos se vayan de casa, éste puede ser un tiempo deterioro y pero puede también ocasión formidable para una nueva aventura de profundizar en la relación.

-De nuevo la exhortación Amoris Laetitia ayuda a discernir **frente a qué situaciones nos encontramos habitualmente:**

*“237. Se ha vuelto frecuente que, cuando uno siente que no recibe lo que desea, o que no se cumple lo que soñaba, eso parece ser suficiente para dar fin a un matrimonio. Así no habrá matrimonio que dure. A veces, para decidir que todo acabó **basta una insatisfacción**, una ausencia en un momento en que se necesitaba al otro, un orgullo herido o un temor difuso.*

*221. Una de las causas que llevan a rupturas matrimoniales es tener **expectativas demasiado altas sobre la vida conyugal**. Cuando se descubre la realidad, más limitada y desafiante que lo que se había soñado, la solución no es pensar rápida e irresponsablemente en la separación, sino **asumir el matrimonio como un camino de maduración**, donde cada uno de los cónyuges es un instrumento de Dios para hacer crecer al otro. Es posible el cambio, el crecimiento, el desarrollo de las potencialidades buenas que cada uno lleva en sí. **Cada matrimonio es una «historia de salvación»**, y esto supone que se parte de una fragilidad que, gracias al don de Dios y a una respuesta creativa y generosa, va dando paso a una realidad cada vez más sólida y preciosa. Quizás la misión más grande de un hombre y una mujer en el amor sea esa, la de hacerse el uno al otro más hombre o más mujer. Hacer crecer es ayudar al otro a moldearse en su propia identidad. Por eso el amor es artesanal.”*

*“A veces, el problema es el **ritmo frenético** de la sociedad, o los tiempos que imponen los compromisos laborales. Otras veces, el problema es que **el tiempo que se pasa juntos no tiene calidad**. Sólo compartimos un espacio físico pero sin prestarnos atención el uno al otro. Los agentes pastorales y los grupos matrimoniales deberían ayudar a los matrimonios jóvenes o frágiles a aprender a encontrarse en esos momentos, a detenerse el uno frente al otro, e*

incluso a compartir momentos de silencio que los obliguen a experimentar la presencia del cónyuge.”

Las consultas previas a los dos últimos sínodos sacaron a la luz diversos **síntomas de la «cultura de lo provisorio»**. Me refiero, por ejemplo, a la velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. Creen que el amor, como en las redes sociales, se puede **conectar o desconectar** a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente.

Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con los objetos y el medio ambiente: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós! **El narcisismo** vuelve a las personas incapaces de mirar más allá de sí mismas, de sus deseos y necesidades. Pero quien utiliza a los demás tarde o temprano termina siendo utilizado, manipulado y abandonado con la misma lógica. Llama la atención que las rupturas se dan muchas veces en adultos mayores que buscan una especie de « autonomía », y rechazan el ideal de envejecer juntos cuidándose y sosteniéndose.

10. Cómo podemos acompañarlas

Las crisis matrimoniales frecuentemente **«se afrontan de un modo superficial y sin la valentía de la paciencia, del diálogo sincero, del perdón recíproco, de la reconciliación y también del sacrificio. Los fracasos dan origen a nuevas relaciones, nuevas parejas, nuevas uniones y nuevos matrimonios, creando situaciones familiares complejas y problemáticas para la opción cristiana ».**

“La reacción inmediata es resistirse ante el desafío de una crisis, ponerse a la defensiva por sentir que escapa al propio control, porque muestra la insuficiencia de la propia manera de vivir, y eso incomoda. Entonces se usa el **recurso de negar los problemas**, esconderlos, relativizar su importancia, apostar sólo al paso del tiempo. Pero **eso retarda la solución** y lleva a consumir mucha energía en un ocultamiento inútil que complicará todavía más las cosas. Los vínculos se van deteriorando y se va consolidando un aislamiento que daña la intimidad. En una crisis no asumida, lo que más se perjudica es la comunicación. De ese modo, poco a poco, alguien que era **«la persona que amo»** pasa a ser **« quien me acompaña siempre en la vida »**, luego sólo **« el padre o la madre de mis hijos»**, y, al final, **« un extraño».**” (Amoris Laetitia)

Existen **recursos** a los que una pareja en crisis puede acudir, **la tarea es encontrar los nudos** que dificultan la comunicación, ayudarles a afinar la percepción de las señales que se transmiten en la convivencia, corregir las interpretaciones erróneas que se dan a menudo a causa de problemas de comunicación y aprender a no dar por descontado las cosas que se viven en el ámbito del hogar.

“El diálogo es una forma privilegiada e indispensable de vivir, expresar y madurar el amor en la vida matrimonial y familiar. Pero supone un largo y esforzado aprendizaje. Varones y mujeres, adultos y jóvenes, tienen maneras distintas de comunicarse, usan un lenguaje diferente, se mueven con otros códigos. El modo de preguntar, la forma de responder, el tono utilizado, el momento y muchos factores más, pueden condicionar la comunicación. Además, siempre es necesario desarrollar algunas actitudes que son expresión de amor y hacen posible el diálogo auténtico.” (Amoris Laetitia, 136)

Pero las respuestas a las consultas realizadas remarcan que en situaciones difíciles o críticas la mayoría no acude al acompañamiento pastoral, ya que no lo siente comprensivo, cercano, realista, encarnado. Por eso, desde los COFs tratemos siempre de acercarnos a las crisis matrimoniales con una mirada que no ignore su carga de dolor y de angustia.

Sin embargo, la tibieza, cualquier forma de relativismo, o un excesivo respeto a la hora de proponer la verdad del matrimonio, serían una falta de fidelidad al Evangelio y también una falta de amor de la Iglesia hacia los que han acudido a nosotros. Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas.

-¿Cómo acompañar a aquellos matrimonios que incluso han perdido las razones por las que iniciaron esta aventura? ¿Qué pasa cuando no está solo implicada la parte afectiva sino también la inteligencia y el conocimiento?

Es una prueba suprema del crecimiento del amor el que sobrevive exclusivamente por una **determinación de la voluntad respecto a la fidelidad** de la promesa matrimonial, las palabras con las que consintieron en su momento a la entrega de sí mismos en el matrimonio: “... **¿quieres recibir a... como esposa y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?” Para amarte incluso cuando ya no sepa que te amo, si tú no me amas, aunque no comprenda nuestro matrimonio, aunque no nos entendamos... fidelidad absoluta sin condiciones, y mantenida no a causa de los hijos o del qué dirán sino a causa de la entrega de nuestro ser, total, hecha un día y para siempre.** Puede que sin ser conscientes estos esposos perseverando en su vínculo constituyen una prueba de la verdad de la promesa de donación hecha y al final reflejan también la verdad y el esplendor de su amor. **Persistir en ese amor, incluso sin comprender por qué hemos de amar, ¿acaso Dios no nos ama sin ningún motivo también?**

-¿Cómo acompañar cuando la entrega que hemos prometido en el matrimonio es desigual entre ambas partes? Puede ser que a causa de ciertas heridas vividas por una educación anterior, violencia vivida en la infancia ya sea afectiva o sexual hagan difícil o casi imposible vivir la entrega al otro, puede ocurrir que la dureza de las circunstancias laborales y económicas frene la capacidad de entrega, o que el agotamiento por múltiples embarazos o necesidades familiares, depresión, enfermedades... Pero lo más frecuente es que la causa recaiga en nuestro pecado: pereza, egoísmo, repliegue sobre nosotros mismos...

Podemos caer en el reproche hacia el otro o hacia nuestra propia incapacidad. Esperábamos vivir una entrega completa y en cambio la experiencia es de algo parcial, miserable y limitado; o percibir que yo doy mucho y el otro se aprovecha de forma egoísta... podemos sentir que estamos explotados, estafados, que somos víctimas en nuestro matrimonio, puede haber infidelidad... **El matrimonio cristiano a diferencia de lo que vivimos en nuestro contexto, ve todo esto como la participación de los sufrimientos de Jesús en la cruz,** la cruz es el amor que no es amado, es un amor sin límites al que no se da respuesta, es la entrega que no es recibida. Si ese sufrimiento es ofrecido puede convertirse en una fuente de fecundidad para uno mismo y para otros. La entrega prometida en el matrimonio no admite condiciones: no nos entregamos a condición de que el otro también se entregue, ¡aunque lo esperamos!

-La cruz puede también ser el fracaso del matrimonio y hacer que se termine con una separación. Las causas no son nunca únicas ni unilaterales, lo más frecuente son las negligencias acumuladas, la tibieza en la entrega de nosotros mismos, un día descubrimos que a fuerza de no ir renovando el capital del amor éste se ha agotado. En el taller del orfebre Juan Pablo II hace decir a Ana: “Me parece que Esteban es el responsable. Por mi parte, no consigo encontrar en mí ninguna falta. Nuestra vida se ha transformado en una penosa existencia en pareja, cada vez tenemos menos sitio el uno para el otro. No nos queda más que la carga de los deberes, convencional e inestable.”

Pero también la vida puede ponernos frente a grandes pruebas, la muerte o la enfermedad, fracasos profesionales,... las realidades de la vida pueden ser infinitamente complejas... e incluso puede ser que uno de los esposos sea la víctima inocente del pecado del otro. **En estas situaciones se puede tener la sensación de haber malgastado la vida.** La reacción más frecuente es atribuir este fracaso a la nulidad del matrimonio, es como una defensa psicológica... **y se pide a la iglesia que reconozca esa nulidad.**

Las condiciones para ello, para reconocer un matrimonio como nulo, serían la ausencia de libertad en el consentimiento, de verdad en el compromiso, falta de madurez psicológica y de juicio, (¡¡ahí estaríamos todos en un grado u otro!!) La Iglesia, consciente de que como dice el Vaticano II “el hombre no se consume más que a través de la entrega total de sí mismo” y de que el matrimonio es la vía más común de vivir esta entrega sabe que el fracaso matrimonial afecta dramáticamente la vida de un hombre o de una mujer, reza y quiere acompañar estas personas a mantener la fidelidad a su vínculo admirando el heroísmo de los que tienen que hacer frente a la vida en soledad.

Para el Papa Francisco, *“En algunos casos, **la valoración de la dignidad propia y del bien de los hijos exige poner un límite firme a las pretensiones excesivas del otro, a una gran injusticia, a la violencia o a una falta de respeto que se ha vuelto crónica. Hay que reconocer que «hay casos donde la separación es inevitable. A veces puede llegar a ser incluso moralmente necesaria, cuando precisamente se trata de sustraer al cónyuge más débil, o a los hijos pequeños, de las heridas más graves causadas por la prepotencia y la violencia, el desaliento y la explotación, la ajenidad y la indiferencia** ». Pero « debe considerarse como un remedio extremo, después de que cualquier intento razonable haya sido inútil».*” (Amoris Laetitia, 241)

Juan Pablo II en su Carta a las familias recalca que **para muchos matrimonios la mirada de los hijos se ha convertido en la razón y la fuerza necesarias para no dar un paso que pueda resultar irreparable**, la comunión de los padres puede encontrar su fuente de reparación en el testimonio de su afecto que son los hijos, ellos representan lo que permanece y son testimonios de una alegría que un tiempo ha estado y por ello pueden impedir su extinción total. De hecho la relación padres-hijos se desvela en nuestra sociedad como prácticamente la única estable, frente a la fragilidad del resto de relaciones.

Conclusión

Después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la «máxima amistad». Es una unión que tiene todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida. Pero el matrimonio agrega a todo ello una exclusividad indisoluble, que se expresa en el proyecto estable de compartir y construir juntos toda la existencia.

«El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal». (118 Familiaris Consortio)

Como decía san Agustín: «Cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto mayor es el gozo en el triunfo». Después de haber sufrido y luchado juntos, los cónyuges pueden experimentar que valió la pena, porque consiguieron algo bueno, aprendieron algo juntos, o porque pueden valorar más lo que tienen. Pocas alegrías humanas (Confesiones, 8, 3, 7: PL 32, 752. 101) son tan hondas y festivas como cuando dos personas que se aman han conquistado juntos algo que les costó un gran esfuerzo compartido.

«...la Iglesia debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, dándoles de nuevo confianza y esperanza, como la luz del faro de un puerto o de una antorcha llevada en medio de la gente para iluminar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tempestad. No olvidemos que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña ». (Amoris Laetitia, Papa Francisco)

Bibliografía:

- Carmen Álvarez Alonso, **El diseño de Dios sobre la familia: El sacramento del matrimonio**. Apuntes Máster de pastoral familiar instituto Juan Pablo II
- Mauro Giuseppe Lepori: **Jesús también estaba invitado**
- Papa Francisco: **Amoris Laetitia**
- Ives Senen: **La espiritualidad conyugal según Juan Pablo II**
- Ives Senen: **La sexualidad según Juan Pablo II**
- Wsawery Knotz: **El sexo que no conoces. Guía de sexualidad para parejas que viven la fe católica**